



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA D. Jerónimo Lafuente, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

- *Crónica*, por Un Teruelano.
Apólogo, por J. P. y E.
Teruel. — Recuerdos históricos, por D. Salvador Gisbert.
Trocar las recetas, por D. Vital Aza.
El Ideal de Ermelinda, por D. Tomás Camacho.
Bosquejos literarios, por D. Antonio Talayero.
El amor ó la muerte, por el autor de las Doloras.
La madre, por J. Goya.
Epigramas, por D. Liborio C. Porset.
La murmuracion. — Dos abismos. — Comparacion, por D. Tomás Camacho.
Miscelánea.

CRÓNICA.

No insista V., amigo Viñero, no insista V.: advierta que la REVISTA no es periódico político y no le está bien,

por consiguiente, el meterse en honduras, de donde solamente suele sacarse lodo, que ni á tres tirones puede uno limpiarse en mucho tiempo. Ya se yó que su carta sería leída con gusto por algunos suscritores, pero sé tambien que á otros les disgustaría grandemente. Si no nombrara V. *pieza*, anda que te vas; nadie podría darse por aludido; pero llamando las cosas y las personas por sus propios nombres, como hace V. en su carta, ya es harina de otro costal, y si no fuera V. tan mi amigo hasta presumiría que no me quiere bien. Gran partido saca V. de los sarmientos *adventicios* de que habló en su última carta; pero ¿quién habia de imaginar que habia V. de aplicar nombres y apellidos conocidos á aquellas plantas, cuya esterilidad compara con ciertos y determinados personajes

de *doublé*, así dice la carta, que bullen hoy y se agitan por *mor* de hacer papel y dinero y adquirir lustre en las altas regiones donde se fabrica el rayo? Con este motivo pega V. á diestro y siniestro á todos y sin contemplacion; á unos por zorros y á otros por desvergonzados, y no dirige V. una mirada de compasion á los pobres electores; sino que por el contrario los compara V. á los estafados por el sistema llamado *timo*, tan en áuje hoy. Así como no le inspiran á V. maldita la compasion los robados por este procedimiento, á quienes califica de majaderos, por no darles otro nombre más duro, tampoco se la inspiran los electores, que á ciencia y conciencia hacen lo que hacen

El que roba á un ladrón, gana cien días de perdon, dice un adagio, y en la mayor parte de las estafas ó robos por el sistema del *timo*, la conciencia del estafador atenúa algun tanto la culpa al cometerla, porque la codicia del estafado ha entrado por mucho en la estafa. Mas aún: se atreve V. á decir que si fuera V. el juez encargado de juzgar al *timador* y al *timado*, quizá impondría menor pena al primero que al segundo, porque al primero le descontaría los cien días de perdon de que habla el refran y porque nunca y en ningun caso deja de haber en el engañado culpabilidad de avaricia, de apetito de lucrar sin reparar en los medios, y porque su accion no la guia un sentimiento ó un deseo noble, desinteresado, generoso, caritativo, laudable, por más que el timado se esfuerce en justificar los móviles de su conducta.

Comparar á *timadores* y *timados* con candidatos y electores, solo se le ocurre á V., amigo *Viñero*, sin reparar en que ni á unos ni á otros debe negarse la compasion, porque hasta el mayor delincuente la merece. Otra cosa es que, como vulgarmente se dice, no pueda V. llorarle.

Ya desde muy antiguo corre como axioma incontrovertible el de que cada pueblo tiene el gobierno que merece y así tiene que suceder en donde, como aquí, siempre triunfan los adictos al partido que empuña las riendas del gobierno.

Pongamos por ejemplo á Sevilla, que es la tercera poblacion del reino y acaba de elegir ayuntamiento. ¿Tiene la sarten del mango Sagasta? Pues en Sevilla todos son sagastinos, los sagastinos triunfan hasta en la eleccion de Hermano mayor de una cofradía, y no se encuentra un canovista ni para un remedio. ¿La tiene Cánovas? Pues canovista es la inmensa mayoría de los electores de la gran ciudad, como lo prueba la reciente eleccion de ayuntamiento en que de cuarenta concejales elegidos, treinta son canovistas.

Los sagastinos, á su advenimiento al poder, renovaron la llamada representacion nacional, y apareció que la inmensa mayoría de los españoles era sagastina. Los izquierdistas cuando por breve tiempo sucedieron en el poder, se preparaban á renovar la susodicha representacion, y si hubieran tenido tiempo de realizarlo, de seguro hubiera resultado que era izquierdista la inmensa mayoría de los españoles. Los canovistas á su vez van á hacer lo mismo, y no cabe la menor duda de que aparecerá canovista la inmensa mayoría de los habitantes de España.

Y cuidado con que se le diga al partido que tiene la sarten del mango, sea blanco, sea negro ó sea pio, que las elecciones no han sido libérrimas, porque se pondrá hecho un veneno de pondonorosa indignacion.

Lo que nosotros inferimos de lo que sucede en España en punto á elecciones, ó sea del raro fenómeno de ser constantemente la inmensa mayoría de los electores adicta al que tiene la sarten del mango, es que si los partidos

políticos, al subir al poder, se dejan algo muy precioso al pié de la escalera, los electores españoles se dejan también algo no ménos precioso á la puerta de los comicios.

¡Cabeza, vergüenza, conciencia!
¡Quién hace caso de esas fruslerías tratándose de la cosa pública, y más si esta cosa es la de la nación!

Vea V. lo que sobre el mismo tema, poco más ó ménos, escribe *El Día*:

«Como las setas despues de la lluvia, como la yerba en primavera, como tras un gobernador las multas, surgen hoy por todas partes los candidatos á diputados á Córtes.

Jóvenes que han pronunciado cuatro palabras seguidas en la Academia de Jurisprudencia, apuestos tiradores de pichon, personajes muy conocidos en su casa, políticos de campanario, protegidos de prohombres, todos se agitan como el infurioso en el agua, en busca de distrito.

Si salieran todos, y saldrán la mayor parte, ¡qué Congreso se formaría!

Hay candidatos que desean ser diputados, como desearian ser sócios de un casino. Sólo por tener entrada libre en el Congreso y sentarse en los escaños rojos, y escribir en el papel de la casa, y oirse llamar usia.

—¿Y el niño? le suelen preguntar á alguna señora de hombre influyente.

—Tan mono.

—¿En qué se ocupa?

—Ahora no hace nada. Estamos esperando que cumpla la edad para hacerle diputado.

Y hacerle diputado es conseguirle un buen destino, ó un cargo en el Consejo de administracion de una compañía de ferro-carriles, con lo cual ya tiene hecha su carrera el chico.

Los mayorazgos se abolieron; pero si ya no se vinculan rentas entre la aristocracia, se vinculan los distritos y se establecen los mayorazgos políticos.

En las Córtes que están para morir habia ya muchos que no tenian más mérito que ser hijos de su padre ó sobrinos de su tio. En las futuras aumentará, si salen todos los candidatos propuestos, esta respetable clase.

—¿Qué se hace V. ahora?

—Pues nada; soy candidato.

—¿Y por dónde se presenta V.?

—Por tal parte.

—¿Tendrá V. allí mucha influencia?

—No señor, es cosa del ministro.

Candidatos que la semana pasada se presentaban por Estremadura, van hoy por Galicia, y mañana irán por las Vascongadas. Por todas partes les dá lo mismo.

—¿Usted á quién conoce en su distrito? le preguntaban el otro día á un candidato en el salon de conferencias.

—¿Yo? Al gobernador de la provincia.

En honor de la verdad, y á fuer de imparciales, debemos confesar que en todas las épocas, desde que se estableció el sistema parlamentario, ha pasado algo de esto; pero nunca en la proporción que ahora.

La ley de empleados, imponiendo muchas condiciones para obtener destinos y facilitándoselos á los diputados, ha contribuido mucho á este general afán de tener categoría.

Como hay nodrizas para casa de los padres, hay hoy candidatos para distritos rurales, que pasan por todo con tal de que á ellos les den pasar por todo.

Para ser diputado, dice el buen sentido, es necesario conquistar la opinión pública. Para ser diputado, rectifica el sentido práctico, es preciso ser de la tertulia de un ministro.

A los gobernadores se les dá la lista de candidatos, como á un cocinero el *menú* para disponer una comida.

Lucido está aqui el que cuida un distrito, el que le cultiva, el que le prepara, como no cuenta con el apoyo oficial; vendrá cualquier señorito con sus manos lavadas ó súcias, que de todo se dán casos, y le dejará compuesto y sin novia.

Asi se vé aquí tan gran número de ex-ministros y de personajes que no tienen distrito propio y que á pesar de su indudable importancia en política, no salen diputados mas que cuando mandan los suyos.

De esto tienen mucha culpa los gobiernos; pero la tiene también muy grande el país.

Si la desgredada moza que se presentó á Sancho cuando era gobernador de la Barataría hubiera defendido su decoro como el dinero que luego quiso arrebatarla el seductor, no hubiera tenido que llorar pérdidas que la autoridad con todo su poder no podia remediar.

Los pueblos se quejarán luego; pero ahora era cuando tenian en sus manos el remedio, y bien se puede asegurar que no habria tantos candidatos si no hubiese muchos candidatos y candiditos.»

Y ¿cree V., despues de todo, que hemos de arreglar nosotros esto desde aquí? Tome, tómelo V. en serio y no me despido de acompañarle el día ménos pensado á algun manicomio.

¿Ha visto V., amigo mio, en alguna parte del mundo lo que se vé en este país del garbanzo, tocante á elecciones? ¿Dónde ha visto V. que tres ó cuatro meses antes de tener lugar aquellas, dígan, como «quí, los periódicos oficiosos, y acierten: «en el próximo congreso tomarán asiento tantos conservadores, tantos demócratas, tantos republicanos, tantos fusionistas, etcétera?» Con este dato solamente, sin tomarse el trabajo de cavilar más, puede cualquiera descubrir en dónde y por quién se hacen las elecciones.

Ahora que los sermones del P. Mon han llamado tanto la atención en Madrid, creemos oportuno dar á nuestros lectores algunas noticias de un conocidísimo y célebre misionero capuchino, que murió en el segundo año de este siglo (1801): el Padre Cádiz, perteneciente á la orden de Capuchinos, popularísima en España, la más humilde y estrecha de todas las órdenes, y á cuyo General nuestras antiguas leyes, cumpliendo (en cuanto ellas podían) la divina promesa de que «el que se humilla será ensalzado,» declaraban Grande de España de primera clase. Tomamos estas noticias del libro de los Heterodoxos del Sr Menendez Pelayo.

Después de manifestar esta egregio autor que los sermones del P. Cádiz que hoy podemos leer son letra muerta y no dan idea, ni siquiera remota, del maravilloso efecto que producían, y después de hacer notar que su estilo era vulgar y su frase desaseada, «pero radiante de interna luz y calentada de interno fuego,» concluye el período con estas palabras: «Qué le importaban á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?» Y á renglón seguido prosigue diciendo:

«Para juzgar de los portentosos fru-

tos de aquella elocuencia, que fueron tales como no los vió nunca el ágora de Atenas ni el foro de Roma, ni el Parlamento inglés, basta acudir á la memoria y á la tradición de los ancianos. Ellos nos dirán que á la voz de Fr. Diego de Cádiz se henchían los confesionarios, soltaba ó devolvía el bandido su presa, rompía el adúltero los lazos de la carne, abominaba al blasfemo su prevaricación antigua, y diez mil oyentes rompían á un tiempo en lágrimas y sollozos. Quintana el gran poeta le oyó y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro. Y otro literato del mismo tiempo, académico ya difunto, hijo de Cádiz como Fray Diego, pero nada sospechoso de parcialidad, porque fué volteriano empedernido, traductor en sus mocedades del «Ensayo» del Barón de Holbach sobre las «preocupaciones» y hombre que en su edad madura no juraba «ni por Roma ni por Ginebra,» D. José Joaquín de Mora, en fin, ensalzaba en estos términos la elocuencia del nuevo apóstol de Andalucía.

«Yo vi aquel famoso Capuchino
Timbre de Cádiz que con voz sonora
Al blasfemo, al ladrón, al asesino
Fulminaba sentencia aterradora.
Vi en sus miradas resplandor divino,
Conque angustiaba al alma pecadora,
Y diez mil compungidos penitentes
Estallaron en lágrimas ardientes.
Le vi clamar perdón al trono augusto,
Gritando humilde: no lo merecemos,
Y temblaban cual leve flor de arbusto,
Ladrones, asesinos y blasfemos:
Y no reinaba mas que horror y susto
De la anchurosa plaza en los extremos,
Y en la escena que fué de impuro gozo
Solo se oía un trémulo sollozo.»

Orador más popular, en todos los sentidos de la palabra nunca le hubo, y aun puede decirse que Fr. Diego de Cádiz era en todo un hombre del pue-

blo, así en sus sermones como en sus versos, digno de haber nacido en el siglo XIII y de haber andado entre los primeros hermanos de San Francisco.»

Un Teruelano.

APÓLOGO.

Un labriego se dolía
al ver su mísera hacienda;
pues otro haber no tenía
que un cerezo, que crecía
junto á su propia vivienda.

Treguas buscando al pesar,
su mente puso en tortura;
dió el árbol en contemplar,
y en él llegó á imaginar
una soberbia escultura.

Aun que tosco era el labriego,
tenia en sus manos fe,
y sordo ya á todo ruego,
oró.... cogió un hacha luego,
y al árbol dió por el pié.

Y á labrarle comenzó,
sin duelo al llanto profundo
de su mujer, que no vió
que á Fidias un mármol dió
su nombre eterno en el mundo.

El tiempo huellas dejando
iba entre tanto corriendo;
la mujer siempre llorando,
el artífice labrando,
y el tronco vida adquiriendo.

Y un día, dichoso día
en que todo gloria fué,
después de tanta agonía,
del rudo tronco salía
la imágen de San José.

Y tanto el arte trasporta,
tal su mérito dá en ojos,
que aquella mujer absorta,
aunque era su vista corta,
cayó ante el Santo de hinojos.

Mas el pueblo, que miraba
trocado en santo el frutal,
ni en su culto le aceptaba,
ni las puertas le franqueaba
de la iglesia parroquial.

Y para mayor quebranto

el concejo fué un tropiezo,
pues declaró con espanto
que aquel santo no era santo
porque antes era un cerezo.

Y al fin prior reverente
de un convento no lejano
llegóse... apartó la gente,
pagó el santo largamente
y dió al artista la mano.

Y con gran ceremonial
fué conducida al convento
la imágen; que era ella tal,
que, más que obra de un mortal,
era de Dios un portento.

Lectores, parece broma,
más no hay verdad más completa
que la que encierra este axioma:
«desde que murió Mahoma
nadie en su patria es profeta.»

Tronco, por su imperfeccion
el hombre al nacer se muestra,
y el buril de la instruccion
logra, en más de una ocasion,
trocarle en obra maestra.

Más aunque sea un encanto,
los que lo han visto nacer
nunca le tienen en tanto;
que no nos parece santo
quien era cerezo ayer.

Y es que no vemos derecho
lo que á nuestro lado brilla,
y que del vulgo á despecho,
tal vez de un cerezo ha hecho
el arte una maravilla.

J. P. y E.

TERUEL.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

(Continuacion.)

VI.

Innumerables fueron los atropellos é injusticias que el Duque y todos los suyos cometieron, no solo en Teruel, sino hasta en las más ínfimas aldeas de la Comunidad, con el objeto de amedrentar á sus valientes vecinos y conseguir la sumision absoluta á su voluntad y deseos; pero tambien es verdad que cuanto más molestadas y oprimidas eran aquellas heroicas gentes, tanto más firmes y decididas mostrábanse ellas en defender sus privilegios y libertades; lo que visto al fin por el Duque

y comprendiendo que por la fuerza nunca conseguiría su intento, pensó que quizás la persuasión y dulzura hiciese en ellos más mella, comisionando al doctor Ambel, canónigo y capiscol que era de Albarracin, para que fuese á predicar al concejo de Teruel, y despues por las villas y aldeas de la Comunidad, la sumision á los deseos del Rey para librarse así de las vejaciones á que estaban sujetos sino lo hacían; y para que las predicaciones fuesen más persuasivas, sacó de la cárcel para que le acompañase tambien á Miguel Escuder, persona de las más influyentes de la Comunidad por el gran parentesco y relaciones que tenia en ella, y á Juan de Miedes, otro de los principales y que era de Rubielos.

Acompañados de un grupo de soldados, salieron estos tres procuradores de la paz á recorrer las aldeas de la Comunidad, despues de haber hecho sin resultado alguno sus primeras gestiones en los concejos de Teruel y Albarracin, no siendo por cierto más afortunados con los de los pueblos que ó no hacian caso de aquellas predicaciones ó hacian lo que en Sarrion, de donde dice Mosen Juan Iñigo, presbítero y natural del mismo, que habiendo llegado allí el doctor Ambel, le llamó á él y le comisionó para que viesse á los jurados y les dijese el objeto de su venida y les persuadiese accediesen á los deseos del Duque, pero que los jurados unos se habían escondido y otros habían huido al saber que venia el doctor, por lo que no pudo hacer nada, y se marchó sin saber cosa alguna del pueblo, porque además todos los demás hombres tambien se habían ocultado ó huido.

No se descuidaban los turolenses que en el primer momento habían escapado de la persecución, en trabajar para la defensa de su patria y de sus convecinos; unos influyendo con la corte del Justicia que no cesaba de mandar firmas y reclamaciones contra los actos del Duque, ya á Teruel, ya á los pueblos, así como á la corte de Castilla, en defensa de sus fueros, y otros como Lamberto Andres trasladándose á Madrid con ánimo de hacer personalmente reclamacion al Rey de los abusos cometidos en su nombre; pero tanto los trabajos de los unos como la resolucion de este último, se estrellaron en la corte de Madrid que no hacia caso de las reclamaciones del Justicia y que antes que el Lamberto tuviese ocasion de hablar al rey, mandó ponerle preso en la carcel de villa en Madrid, y despues que fuese traído al fuerte como se efectuó, para que el Duque le formase causa como á los demás.

VII.

Vueltos á Teruel el Doctor y demás acom-

pañantes sin haber logrado el objeto propuesto ni aun en el mas pequeño lugar de la Comunidad, y viendo el Duque que por ninguno de los medios intentados conseguia nada de lo que él llamaba testarudez de los Teruelanos, y apremiado por las órdenes y cartas que de Madrid recibia todos los dias para que ultimase de una vez aquel asunto, mandó un dia reunir concejo en Teruel y junta de vecinos bajo pena de la vida al que no asistiese; pero como de los habitantes de Teruel que tenian voz en aquellas juntas, unos estaban presos, otros ausentes y algunos se escondieron de nuevo, el Duque mandó ir á la fuerza á todo el que se encontraba por la calle; y para que hubiese bastante número hasta fueron llevados tres ó cuatro impedidos.

Reunidos en la sala del concejo, mandó el Duque cerrar las puertas y con grandes amenazas de muerte al que no firmase hizo que fueren haciéndolo todos en una acta escrita de antemano, en la que se declaraba que reunidos el concejo y principales de Teruel accedian y dejaban en poder de S. M. el Rey todas las diferencias que tenian con el fisco real, las que habia entre si sobre sus fueros y tambien con la corte del Justicia de Aragon.

Firmada el acta dió libertad el Duque á los congregados, é inmediatamente mandó un correo á Felipe II, notificándole el resultado del acto, y otro mas tarde á su mujer dándole tambien noticia del feliz suceso de las negociaciones como él le llevaba. Tambien hizo tocar las campanas, iluminar las casas aquella noche, y hasta en la catedral se cantó un solemne Tedeum al que asistió él y toda su comitiva vestidos con sus mejores trages.

(Se continuará.)

Salvador Gisbert.

TROCAR LAS RECETAS.

Anoche me retiré
 á mi casa á la una dada;
 la puerta estaba cerrada
 y á mi sereno llamé.
 —¡Pepe!... ¡Pepe!... —grité en vano.
 —¡Don José!... ¡Pepito!... ¡Aquil!...
 ¿Si tendré que estarme así
 hasta mañana temprano?
 me dije, con justo enojo.
 —¡Pepe! ¡Le espera buen trepe!
 ¡Pepe!... ¡Nada! Si el tal Pepe
 es más bruto que un cerrojo.
 ¿Dónde estará ese maldito?
 —¡¡Serenooo!!... al cabo me oyó,
 y de léjos respondió:

—¡Voy corriendo, señorito!
 —¡Gracias á Dios!—exclamé.
 Aunque él dijo que corria,
 con tanta calma venia,
 que de nuevo le llamé.
 —¡Ya voy!
 —¡Mereces un palo!
 ¿Te parece regular?
 —¡Señor, si non puedu andar!
 —Pues, ¿Qué tienes?
 —¡Que estoy malo!
 —Perdona entónces mi exceso.
 —Tengo reuma en las rodillas,
 ¡y me duelen las costillas!
 —¿Las costillas? ¿cómo es eso?
 —Pues es... ¡porque estoy bizmado!
 —¿Tú bizmado?
 —¡Si señor!
 Es receta de un doctor.
 —¿Para el reuma ha recetado
 una bizma?
 —Aguarde usted.
 —Serán costumbres gallegas.
 —A mi me mandó unas friegas,
 pero yo le explicaré.
 Mi mujer en cama está,
 y una bizma le mandó;
 pero me he bizmado yo,
 y ellas las friegas se dá.
 —¡Vamos! ¡Has equivocado
 las recetas!
 —¡Aprensiones!
 Estas equivocaciones
 suelen dar buen resultado.
 —¿De veras?
 —¡Claru que sí!
 Lo he visto más de una vez
 en mi pueblo.
 —¡Qué sandez!
 —¡Oiga usted un ejemplu!
 —¡Dí!
 —En casa, en una ocasion,
 tuvo un rapaz la terciana
 y la burra de mi hermana
 estaba con toruzon.
 Vino el albéitar Franciscu;
 vió al chicu y dijo: «¡Arruparle!
 Esto se cura con darle
 jarabe de malvaviscu.»
 Y luego, sin gerigonzas,
 vió á la burra que muria,
 y dispuso una sangría
 de yo non sé cuantas onzas.
 «¡Aquí hay peligru bastantel»
 dijo el albéitar «¡Lo sé!
 Para hacer lo que mandé,
 vendrá luego mi ayudante.»
 ¡Y aquí, señor, fué lo grave!
 El ayudante borrachu,

dió la sangría al muchachu
 y á la burrica el jarabe.
 —¿Y murieron?

—¡Non señor!
 Al otro dia trempano
 el rapaz estaba sanu,
 y la burrica mejor.
 ¡Ya vé usted si yo discurro!
 ¡Claro! ¡El sistema se explica!
 ¡Curándose una borrica
 bien puede curarse un burro!

Vital Aza.

EL IDEAL DE ERMELINDA.

Ermelinda era alta, delgada y de semblante extremadamente pálido. Sus ojos verdes como las aguas del lago, tenían una expresión melancólica que la hacían simpática á primera vista. En lo demás de su físico no se observaba nada notable; delicadeza de formas... ademanes modestos... cualidades, en fin, que no llaman la atención de la generalidad de los seres; de esa generalidad que sólo busca en la vida prosáico materialismo.

Yo la conocí una tarde de otoño, cuando el sol se hallaba próximo á su ocaso. Estaba sentada en un banco de piedra, con la vista fija en el infinito, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud suplicante. Un viento frío y huracanado arrancaba de los árboles amarillentas hojas, haciéndolas después girar alrededor del asiento donde Ermelinda yacía abstraída.

¡Qué tristeza daba el verla! Allí, en medio de la revuelta hojarasca, con el rostro lívido y dilatadas las pupilas, parecía la imagen de los recuerdos ejerciendo su tristísima influencia sobre los seres que se hallan en el último período de la vida.

—¿Qué edad tiene V.?—la pregunté un día, después que el trato hubo establecido entre nosotros una ilimitada confianza.

—No sé—me contestó con voz dulce;—de noche y de día es la vida para mí un continuo delirio. A veces ignoro el mes y el día de la semana en que vivo; ¡tal es la debilidad de mi cerebro! Si es cierta la sentencia hiperbólica que dice «cada día de desdichas es un siglo,» yo tengo muchos, muchísimos siglos de existencia.

Y al decir estas palabras se sonrió amargamente.

Ermelinda padecía dos enfermedades; una del cuerpo y otra del espíritu: la primera la designa la ciencia con el nombre de tisis; la segunda se llama... se llama romanticismo.

Pero no era un romanticismo exagerado co-

mo el que en el teatro y en la novela sirve de ridículo á nuestra literatura contemporánea. Era una especie de monomanía tranquila que, en vez de mostrarse en toda su desnudez, pugnaba por ocultarse, dejándose tan sólo adivinar de los que, como yo, se tomaban un verdadero interés por la suerte de la melancólica Ermelinda.

Poco despues supe la historia de aquella niña..... vieja. Historia breve como la de la gota de agua que cae de las nubes, humedece apenas la tierra y luego se evapora subiendo al sitio de donde se desprendió. El alma de Ermelinda era la gota de agua; su cuerpo la tierra donde habia caido, y como éste era barro y aquella esencia, como era materia lo uno y espíritu lo otro, el alma de Ermelinda queria evaporarse... evaporarse y volver á las infinitas regiones que le sirvieron de morada antes de su venida á este mundo de miserias,

Ermelinda habia nacido para amar como deben amar los ángeles, con un amor puro, contemplativo; pero, ¡oh desdicha! la jóven que habia soñado con hallar un sér que poseyera un ama igual á la suya, encontró la decepcion en el mismo instante en que creía realizadas sus aspiraciones, y con la decepcion la muerte de todos sus sueños de dicha. Ella no podia convencerse de que en este mundo se puede volver á amar, aun despues de haber sufrido muchos desengaños. Como la Eugenia del lindo poema de Campoamor, empezó á alimentarse de ilusiones, y formó el convencimiento de que la felicidad que buscaba hallábase allá léjos, muy léjos, más allá de la luna, más allá de las estrellas. ¡Pobre loca!

—Mire V.,—me decia Ermelinda una tarde,—anoche he soñado con un mundo nuevo, desconocido para mí. Me he visto rodeada de nubes vaporosas, he oido el eco de muchas músicas lejanas, cuyos acordes me sumian en un éxtasis delicioso. Y allí estaba él. ¡Dios mio! estaba á mi lado y su voz era más grata, mucho más grata que los dulces acordes de la orquesta. Luego he despertado, y, como siempre, he hallado el desengaño al encontrarme aún sujeta á las leyes materiales de la vida. ¿Cuándo cesará esta lucha que por momentos aniquila mis fuerzas?

Ermelinda inclinó la cabeza sobre el seno y murmuró tras una breve pausa:

—¡Cuánto frio tengo!

¡Pobre Ermelinda! ocho dias despues, cuando empezaban á dejarse sentir los rigores del invierno, supe que estaba agonizando. Fuí á verla y la encontré sobre un blanco lecho, con las manos cruzadas como las tenia la tar-

de en que la conocí. En sus facciones se hallaba grabada la muerte. Me miró sonriendo y haciendo una seña para que me acercara.

—Anoche—me dijo con voz apenas perceptible—he vuelto á soñar. Aquel mundo nuevo, desconocido, de que hablé á usted, se ha presentado ante mis ojos mas bello que la vez primera, y he oido una voz que me decia: «*Tu pátria está aquí; aquí hallarás realizado el ideal de tus sueños. Deja la tierra, que en la tierra no te comprenden.*»

—Adios, amigo mio,—añadió, tendiéndome la mano;—si alguna vez contempla V. de noche esa inmensidad tachonada de brillantes lucecillas que tantas veces hemos mirado juntos, acuérdesese de mí sin entristecerse y piense en que ya es feliz la que tantas veces le ha molestado con la enojosa relacion de sus desventuras.

Aquel mismo dia dejó Ermelinda de existir.

Muchas noches, cuando la pena me ha hecho buscar la soledad del campo para entregarme á mis tristes reflexiones, me he acordado de Ermelinda. He fijado la vista en el espacio y mi pensamiento ha pretendido adivinar el destino de las almas. ¿Cesa el sufrir con la vida, ó volvemos á padecer bajo diferentes formas? Mi cerebro y mi corazon no marchan acordes en este punto. Aquel, conservando recuerdos de algunos estudios científicos, me dice que la inmensidad está poblada de un número infinito de mundos sujetos, como el nuestro, á las leyes inmutables de la Naturaleza; pero el corazon no se conforma con estas ideas y cree que allá lejos, muy lejos, más allá de la luna, más allá de las estrellas, hay un pais de venturas sin fin, donde el alma halla la compensacion de las penas sufridas en el mundo, donde Ermelinda habrá encontrado su acariciado ideal.

Tomás Camacho.

BOSQUEJOS LITERARIOS.

EL PROGRESO Y EL ARTE. (I)

El mundo moral, á semejanza del mundo físico, será sujeto á la influencia y modificaciones del tiempo. Esto se demuestra recorriendo, aunque sea ligeramente, la historia de la humanidad y las trasformaciones sucesivas de la creación. Vemos que, cada época, cada sociedad tiene su fisonomía especial, su ca-

(1) Este artículo pertenece á una serie de trabajos críticos, literarios y filológicos que su autor está coleccionando para su libro «El mundo desde una Aluea» que publicará en breve.

rácter é ilustración propios, así como el mundo físico ó material tiene así mismo su nacimiento, juventud y muerte. Este maravilloso portento, llamado creación, no salió de las divinas manos de su autor para estar inmutable en una inútil y por demás inexplicable inercia. El movimiento, poderoso elemento de vida, lo mismo rige las celestes esferas que, perdidas en el espacio infinito, giran en sus inmensas órbitas, que al no menos grandioso pensamiento humano. Nada hay en la naturaleza, ni aun en la misma destrucción, que no sea causa ú origen de nuevas existencias. Observamos en la astronomía que, si unos mundos se destruyen y mueren aparentemente, dejando—como dice muy elocuentemente el célebre astrónomo Herchel, —espacios inmensos del cielo en la más espantosa desolación, en donde antes había hermosísimos planetas y radiantes soles, los restos de esos mundos, destruidos por causas ignoradas todavía por la ciencia, sometidos á la incesante acción de las fuerzas físicas, se reúnen por esa misma y enérgica fuerza de atracción y forman nuevas creaciones de globos y de sistemas. Este portentoso trabajo de transformación del Universo físico, es la imagen fiel y exacta de esos otros cambios y metamorfosis igualmente maravillosos del mundo del espíritu. Para convencernos de las transformaciones ó revoluciones que sufre la naturaleza material y el pensamiento humano, no necesitamos ciertamente leer á los sábios que han estudiado los fenómenos de aquella ni las ideas psicológicas de este. No clasificaremos con los insignes naturalistas Buffon y Lineo, llevados del afán de probar las sucesivas graduaciones de las especies; no remontaremos el vuelo con Flammarión en sus magníficas teorías de astronomía empírica, ni con Newton el descubridor afortunado de esa clave física llamada gravitación universal, ni con Descartes, aureola de la filosofía de la razón, ni con la piqueta demoledora del gran Volta re, síntesis de su revolucionario siglo, al burlarse con su discutible pero privilegiado talento, de las antiguas creencias, dueñas entonces del mundo civilizado, ni con el severo y profundo Rousseau, destruyendo también con su revolucionaria filosofía, los errores é injusticias de las ideas y de los hombres, divididos estos todavía en señores y siervos. No busquemos tampoco los orígenes de la sociedad entre las tinieblas del mundo antiguo, bajo las rústicas cabañas de los primeros hombres, sumidos en la más abyecta y degradante ignorancia; ni en el sangriento circo de los romanos, ni en las cruentas guerras religiosas, ni en ese histórico panteón de la fé, en esa sagrada necrópolis del cristianis-

mo, las catacumbas, ni en las hechicerías, milagros y *santas hogueras* de la Edad media, ni en nada por fin de estudios cronológicos. No fatiguemos el espíritu en estos largos periodos de la humana historia, no nos engolfemos en ese intrincado y áspero camino del hombre sobre la tierra; no es preciso tanto trabajo para demostrar las revoluciones del espíritu universal, ó sea el *Progreso en el Arte*.

«El mundo marcha, ha dicho Pelletan, desde la humilde hierba al astro, y desde el astro al hombre, tal es la ley de la creación.» El Progreso humano, esa grandiosa obra de todos los pueblos y de todos los siglos, es de una vida incesante y eterna. La idea de lo justo, la aspiración á lo bello es la simbólica estrella que guía á la humanidad á su soñado perfeccionamiento. Esas revoluciones periódicas en la conciencia universal, políticas, sociales, religiosas y científicas, imprimen á su época el sello, la huella indeleble de su paso. El clásico arte griego, el derecho social romano, la teocracia de la Edad media, el renacimiento y la revolución política y social de los tiempos modernos, señalan las principales é imperecedoras etapas del progreso en el pensamiento humano.

Veamos con los inmateriales ojos del espíritu las metamorfosis realizadas en los progresos y manifestaciones de este y tendremos la evidencia de que todo ser moral ó físico se transforma ó renueva, pero jamás se aniquila completamente. Costumbres, ciencias, artes etc. vemos en pausada marcha progresar hácia su providencial destino; unas aparentan detener su marcha, otras desaparecen casi por completo y es para dar fuerzas al fatigado espíritu ó para enriquecer nuevos progresos con nuevas ideas.

Sin embargo, justo es confesar que hay épocas de decadencia y siglos de esplendor. Si una nación atraviesa una era feliz y de ventura, ó lánguida y desgraciada, veremos que el arte, encarnado, por decirlo así, en las ideas de su siglo, se manifestará forzosamente á la altura y nivel de la cultura de la madre patria.

La antigua Grecia, cuna del arte, semillero de sábios, gloria del teatro, eterna sirena de los históricos mares del oriente, sin los heroicos tiempos de su famosa tradición, no se extasiaría hoy nuestra asombrada alma con los inmortales poemas que legaron á la posteridad sus inusitables poetas

La Roma de los Césares, la conquistadora universal, la emperatriz del mundo conocido, heredando de su hermana la Grecia las reglas y la cultura de su divino arte, ébria de triunfo, coronada de laurel su hermosa y altiva

frente por las innumerables victorias de sus invencibles legiones, resucita al sentimiento de las puras ideas del derecho y del divino númeron que sus guerreros traían del Oriente, y haciendo estallar en su entusiasta corazón los rayos de su génió inmortal, nos aterra con sus portentosas obras, legando al mundo el monumento grandioso de sus leyes y de sus poemas, coronado por el más grande, más glorioso y santo de sus poetas, el miserable y dulce Virgilio.

Mas luego, aquella tan sublime grandeza vióse caer con el imperio y morir arrastrada y envilecida por aquel gran pueblo, sumido yá en los mas feos vicios, entre el lúbrico placer de las escandalosas orgias y el horrible espectáculo de sus sangrientos circos, llegando á ser el arte obsceno adorno de sus palacios y sus poetas, pueril entretenimiento de emperadores y patricios.

(Se continuará.)

Antonio Talayero.

En la noche del 8, subió á la tribuna del Ateneo á leer tres nuevas poesías, el autor ilustre de las *Doloras*. Insertamos á continuación una de ellas, *El amor ó la muerte*, para honrar nuestras columnas con el fruto del ingenio del más original de nuestros poetas:

EL AMOR Ó LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO.

(Monólogo representable.)

(Sala con dos puertas laterales.—Una mesa en medio.—A la derecha del espectador un balcón que dá á un parque.—Sale Marta por la izquierda y llega hasta la puerta de la derecha siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.)

I.

Se matarán. Todo hombre enamorado es un loco de atar, que no está atado. Y serán, al batirse sin padrinos, más bien que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)
Hé aquí el papel copiado. De esta suerte dejarán la justicia escarnecida:
—«que no se culpe á nadie de mi muerte: me mato por cansancio de la vida.»—

II.

Entre Iván y mi esposo

que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
Ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunque yo muera:
solo hay para los celos guerra á muerte.
No; no hay remedio; esperaré con calma
el término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma
el molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mio!
mi sangre asaetea cruelmente
un intenso y eterno escalofrío;
y este sudor que salta de mi frente
lo voy sintiendo alternativamente
aquí tibio, aquí ardiente y aquí frío.

III.

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fementido,
sus cartas verdaderas me ocultaba,
y luego en otras falsas me contaba
que estaba Iván á otra mujer unido!
¿Podré, despues de infamias semejantes
admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegaríá fuego antes
á esta casa paterna en que he nacido!
Al ver cómo mis celos inocentes
explotó con el dolo y la mentira,
desgarro las palabras con los dientes
y trituro los dientes con la ira.

IV.

¡Pobre Iván! ¡Pobre Iván! ¡Con qué contento
no creyendo leal mi casamiento
con el alma rendida
me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
sin respirar un poco de su aliento.

V.

(Mirando al parque.)

No llegaron al parque todavía.
Si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?
¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?
¿Qué quiero yo? Quiero en;añarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas,
que quisiera arrancarlas con la mano!
Si, desolado corazón, te engañas.
Mientras ódio por pérfido al marido
que me perdió con sus innobles mañas,
del amante vendido
no me cabe el amor en las entrañas.

VI.

¡Ay! Desde el triste día
 en que un hombre falaz y enamorado
 me juró que sabía
 que estaba Iván casado,
 siendo imposible para mi el olvido,
 con cuerpo frío y con el alma yerta
 viví con mi marido
 dejándome querer como una muerta:
 y á mi deber atada,
 siempre he aspirado á disfrutar en vano
 el placer soberano
 de la mujer amada
 que apura enamorada
 la hez divina del amor humano!

VII.

(Mirando desde cerca del balcon)

Hé allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
 que su amor, más que loco, le hace necio.
 Por caridad, si muere... le perdono.
 Si vive, le honraré con mi desprecio.
 ¡Con qué febril encanto
 al duelo se prepara!
 Su vista me dá espanto,
 y eso que me ama tanto,
 que hasta encuentra sabrosas en mi cara
 las sales nauseabundas de mi llanto.
 Como duelista experto,
 despues que á su rival ha calumniado,
 vá á matar ó á ser muerto.
 Me tiene ese malvado
 una pasion de fiera del desierto.

VIII.

Ya llega Iván, el único deseo
 de mis días felices;
 sin poderlo evitar, cuando le veo,
 mis ojos en su cara echan raíces.
 ¡Iván! si me casé, saben los cielos
 que lo hice por celosa y no por tierna.
 ¡Con un día de celos
 no puede competir la vida eterna!
 Tal vez no me creería
 si hoy mismo le dijera
 que le amé y le amo tanto, que podría
 refrescarse mi amor en una hoguera.
 ¡Con qué ánimo tan fuerte,
 mirando á su contrario, desafía
 cruzándose de brazos, á la muerte!
 Parece que va al duelo
 á despreciar las iras
 del vil que con mentiras
 ha puesto entre los dos un mar de hielo.

IX.

Huele á incendio la tierra en el verano;
 Dejo este sitio porque el aire quema.
 Hoy se respira un no sé qué mal sano.
 No quiero ver ni oír. ¡Empeño vano!
 ¿Cómo alejarme en ocasión suprema?
 Pues no puedo impedirlo que se batan.
 Solo mueren los celos cuando matan.
 O al amor, ó la muerte: hé aquí el problema.

X.

(Suena un tiro en el parque)

¡Horror! ¿Qué es lo que ha hecho
 con Iván indefenso aquel malvado?
 Al verle desarmado,
 con los brazos cruzados sobre el pecho,
 el cobarde, á traicion, lo ha asesinado!
 ¡Yo quisiera gritar enfurecida,
 pero mi rábida es tanta
 que por ella agrandada y comprimida
 no me cabe la voz en la garganta!
 Nada iguala á mi cólera y mi pena.
 ¡Oh Dios! ¿Quién pensaría
 que aquél que el alma fué del alma mía,
 hoy vendría á caer sobre la arena
 que mi madre pisó cuando vivía!
 ¡No puedo respirar de sentimiento!
 ¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
 Despues de conquistarlas una á una,
 perdí mis ilusiones ciento á ciento.
 ¡Cuántas veces soñó mi pensamiento
 ver su amor hecho carne en una cuna!
 Más ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
 los tétricos gemidos
 de su postrer momento...
 ¡Aún son para su acento
 todos los poros de mi cuerpo oídos.
 Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
 porque llega hasta mí, como esperaba
 un céfiro cargado de un «te adoro.»
 ¡Gracias á Dios que lloro,
 de llorar hácia dentro me abrasaba!
 ¿Qué luz se alza del suelo
 ante la cual con misterioso anhelo
 mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose.)

¡Es la Estela de su alma que va al cielo!
 ¡Adios! ¡Adios! ¡Hasta la vida eterna!

XI.

¿No es el otro el que sube? ¡Ay de mí triste!
 Me vendrá á recordar que aún soy su esposa.
 No; que venga, y verá cómo resiste
 á un hombre audaz, una mujer furiosa.
 ¿Cómo, al ver mi ternura
 ese ciego, no advierte

que el amor cuando raya en la locura
no tiene más salida que la muerte?
¿Tendrá en estos momentos la vileza
de insultar mi tristeza?
¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
se me enrosca el cabello en la cabeza
lo mismo que en el cráneo de una furia!
¡Qué oscuridad! Mi turbacion es tanta
que ve entre sombras mi mirada incierta
en el aire flotar algo que espanta.
¡Jesús! ¡cuánta vision! Mi pié no acierta
á salir al encuentro á ese villano.
¡Valor! ¡valor! ¡veré si hallo la puerta
apartando fantasmas con la mano!

XII.

(Llega á la puerta de la derecha y despues de
cerrarla, arroja la llave.)

¡Atrás! ¡atrás! Digo que ¡atrás! ¡perjuro!
No quiero ser mujer de un homicida
que quita á otro la vida
además de á traicion, sobre seguro.
No pudiendo matarte á puñaladas,
antes que todo acabe
al ménos por el hueco de esta llave
te podré apuñalar con las miradas.

(Empujan la puerta desde fuera.)

El destino te ciega, y ten presente
que mi amor es más ciego que el destino,
y decididamente
como abras esta puerta te asesino.
No llares, imprudente,
pues si eres como Iván asesinado
puede saber la gente
que tu sangre es un cieno colorado.
¿Que abra y calle? Comprendo.
No quieres que te llame
el traidor de este drama, en que estás siendo
vil á la entrada, á la salida infame.
No callaré ni ocultaré. maldito,
la rabia que me anima.
Ahora que la muerte se aproxima,
ya solo necesito
seis piés de tierra y tu desprecio encima.
En medio de mi bárbara tortura
al verte padecer siento un consuelo.
¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
Cuando caiga á pedazos esta puerta!
ya no hallarás á la mujer vendida.
¿Que á dónde voy? ¡Infame! y ¿no lo acierta
tu alma envilecida?
¡Voy á estar con Iván ó viva ó muerta!
¡Voy á unirme con él á la otra vida!
(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el
balcon.)

LA MADRE.

I.

La madre es un pedacito de cielo que Dios
ha puesto en la tierra para hacer la felicidad
de los hijos. ¡Dichosos los hijos que corres-
ponden á sus madres, haciéndolas igualmente
felices!

La madre estrecha al niño en sus brazos, le
alimenta con su propia sustancia y le come á
besos, como si quisiera volverle al seno de
donde salió. Las caricias de la madre son pu-
ras como la virtud y ricas como la caridad,
porque el amor de la madre es el amor de los
amores; no tiene igual. La madre quiere al
hijo más que á sí misma; una sonrisa de su
hijo la enloquece, una lágrima la abate. Mi-
radla junto á la cuna del angelito de su amor;
¿duerme? le contempla extasiada; ¿se mueve?
le mece suavemente; ¿abre los ojos? se des-
pierta el niño? se inclina la madre sobre la
cuna, arrima su cara á la carita de su hijo y le
golpea dulcemente en el hombro con la palma
de la mano; ¿agita los brazos? ¿llora? ved á la
madre con qué amor le levanta, le coge en su
seno, le besa, le pone al pecho, le mueve ca-
riñosamente, le acaricia, le vuelve á besar, y
si el niño la mira, ¿qué cosas no hace? y si se
rie, ¿qué cosas no le dice? Los extremos á que
se entrega una madre con su hijo no son para
dichos; no hay palabras para expresarlos.

¡¡Benditas seas mil veces, madres de mi
alma!!

¿Quién nos enseñó á hacer la señal de la
cruz? ¿De qué labios hemos recogido los dul-
ces nombres de Jesús y de María? ¿Qué mano
ha refrescado nuestra frente con las primeras
gotas de agua bendita? ¿Quién nos enseñó á
rezar? ¿Quién á besar á los santos? ¿Quién á
estar en la iglesia? ¿Quién á oír misa? ¿Quién
nos acompañó á los piés del confesor y á la
mesa eucarística? ¿Quién nos enseña á comer,
á andar y á vivir? ¿Quién, quién es la que se
empeña en hacernos felices en fuerza de ha-
cernos buenos? ¡Ay! madres queridas, cuánto
os deben los hijos. Y, ¿cómo? ¿Con qué os lo
pagarán? ¿Cómo? Siendo buenos. ¿Con qué?
Con su amor. ¡Quiera Dios, madres benditas,
premiar vuestros afanes!

II.

El primer diente, la primera palabra, el pri-
mer paso del infante son para la madre acon-
tecimiento de regocijo que celebra con inde-
cible complacencia y hace que aplauda con
júbilo toda la familia reunida en torno del
niño.

—Mira, dice á su marido, mira qué perla tan preciosa ha salido á nuestro niño. Si le oyeras decir papá, ¡qué bien lo dice! Dí papá, hijo mio, dí, hermoso, para que te lo oiga tu padre: vamos, querido, dí papá; y el niño junta los labios, cerrando los ojos y los despliega para dejar salir el aliento, produciendo un sonido.—¿Lo has oído? exclama la madre, con qué claridad; ¿no es cierto? El padre se rie contemplando la inocencia del hijo y la candidez de la madre, y una alegría celestial refresca el alma de los cónyuges. ¡Venturosa familia!

No temais, madres felices, que mi pluma turbe vuestra santa paz, recordandoos la más mínima de las displicencias de vuestros hijos. No es ese mi propósito; bastante sufrís con la realidad sin que venga el recuerdo á acrecentaros la pena.

No se puede decir á la madre que su hijo no es hermoso, que no es bueno, que no es listo, ni tampoco que no se parece á su padre, á su madre, á su hermano ó hermana. Para las madres sus hijos son tesoros de virtud, de hermosura y de talento, y se parecen á lo que ellas quieren que se parezcan. ¡Cuánto nos aman las madres! Otro amor que no sea el de madre no se puede comparar con el único amor puro y desinteresado hasta el más heroico sacrificio. Madres que pasais la vista por estas líneas, decid si no es verdad que vivis para vuestros hijos. ¿Quién osaría disputaros la corona en los éxtasis y en los tormentos de las manifestaciones del amor? ¿Acaso el de la que os arrebató el hijo ó el del que os lleva la hija que criásteis entre caricias y desvelos? No, y mil veces no: este amor podrá ser bendecido, pero no es, no puede ser tan puro, tan desinteresado, tan santo; necesita la sancion de nuestra cariñosa madre la Iglesia. ¡Ay! y cuántas, cuántas veces no os atormenta con las angustias que recoge como ángel caído, tocando con las puntas de las alas en el fango de la tierra!

III.

Pero sigamos á la madre, que es buena compañía. El niño ha creído y va al colegio. La madre le examina de piés á cabeza, le asea, le peina, le alisa el cuello, le estira la blusita, le arregla el cinturón, le inclina un poco el sombrero, le estampa un beso de madre y el hijo va al colegio, resonándole en los oídos el dulce ¡dios, hijo mio! con que con que su madre le ha despedido. Desde la vidriera del balcón está la madre mirando á su hijo; si éste se vuelve, ántes de doblar la esquina, y

echa una mirada á su madre, esta entra loca de alegría, recogiendo aquella mirada en el fondo del corazón y exclamando: ¡Qué bueno es mi hijo!

IV.

A decir verdad, tienen las madres cierta debilidad para con sus hijos, hija del excesivo cariño con que los miman: esas complacencias mal entendidas, que son el mayor obstáculo con que muchas veces tropiezan los maestros en la educación y enseñanza de los alumnos.

A veces viene el padre en apoyo del maestro, pero suele ser las ménos; pues el encanto de la mujer, unido al amor de padre, que no por ser ménos afectivo deja de ser firme, le pone con demasiada frecuencia de parte del hijo y esteriliza á menudo los esfuerzos del profesor.

¡Cuántas veces hemos experimentado los efectos de las condescendencias paternas! Y, ¿qué hacer? Sobrellevarlas, como anejas al cargo que desempeñamos; pues tal es nuestro destino en la enseñanza. Quien no esté persuadido de que los padres no han de ver claro los defectos de sus hijos, no está suficientemente preparado para desempeñar con la paciencia necesaria la espinosa carrera del profesorado.

V.

La hora de comer ha llegado, y el colegial no ha regresado á casa. Los padres están impacientes. La madre va al balcón y vuelve, pero nada; su hijo no viene.—¡Jesús! prorrumpe; ¿por qué le detendrá tanto tiempo el maestro? Ya le tengo dicho que quiero que le mande á la hora.—¿Sábes, opone el padre, si se ha entretenido en el camino ó si ha dado motivo para detenerle?

—Mi hijo no da motivo para detenerlo, responde la madre.

La lección la llevaba bien aprendida; yo se la he tomado y te hubiera dado gusto oír cómo la decía. Quizá se haya detenido en el camino, pero lo extraño mucho; pues suele ser puntual, porque sabe que estamos esperándole.

—Todo eso, añade el padre, no prueba que no haya hecho alguna chiquillada ó enredádose con algun compañero.

—¿Chiquillada?, dice la madre; cualquiera que te oyese creería que no conoces á tu hijo. ¿Has visto alguno mas formal á su edad?

—¡Ya!, replica el padre; pero su edad es la de hacer chiquilladas con toda la formalidad que tú quieras.

Al llegar aquí suena la campanilla y el colegial va á colgarse de los brazos de su ma-

dre, que le come á besos y le abrumba con preguntas.

El escolar responde con sus besos á los besos de la madre, y á las preguntas con lágrimas.

—¿Qué es eso, hijo mio? le pregunta la madre. ¿Que tienes?

No contesta el hijo.

—¿Quién te ha pegado? ¿En dónde? ¿Por qué?, vuelve á interrogarle la madre.

El niño calla.

Díme, querido, le dice el padre; cuéntame lo que te pasa, que quiero saberlo, dímelo. ¿Acaso has faltado tú á alguien? Dí, no tengas miedo, díselo á tu padre.

—Quita, quita, interrumpe la madre, á mí me lo dirá; tú no tienes modo; mi hijo no ha faltado á nadie, ¿verdad, cariño mio? ¿En dónde te duele? ¿Por qué no me contestas? ¿Estás malo? Responde á tu madre, hijo mio. ¡Jesús! cómo sudas; no te aflijas, eso no es nada; dame el pañuelo. ¡Ave María Purísima!, exclama sobresaltada la madre, el pañuelo de mi hijo está manchado de sangre. El escolar llora, la madre se aflige y el padre se acerca y pregunta:—¿Qué es eso?—¿No lo ves?, contesta la madre; que el niño ha sangrado, bien claro está.

—Ya lo veo, mujer; pero es necesario averiguar lo que ha pasado.

—Por supuesto, de eso me encargo yo. Vamos, hijo mio, cálmate y contesta á tu madre, ¿Te ha castigado el maestro? ¿Te ha pegado el pasante?

El niño suspira.

—¿Que te parece?, apostrofa la mujer al marido. Al niño le han pegado en el colegio, y eso no se puede aguantar; es preciso poner remedio.

—¿Por dónde infieres que le han pegado en el colegio? El chico no lo dice.

—No lo dice, no; pero suspira y á mí me lo dice el corazón.

—Eso no es una prueba.

—Pruebas, pruebas; vosotros los hombres siempre estais con pruebas.

—Claro, mujer. Dí, Angelito, dí ¿qué te ha ocurrido? Cuéntamelo.

Angelito no hace más que llorar.

—Déjame á mí, dice la mujer; el corazón de una madre no miente, y lleva á su hijo á la alcoba á limpiarle la cara.

—Habla, hijo mio; por Dios, dice casi llorando la madre; contéstame, ¿por qué te han castigado? Responde á tu madre que te quiere tanto.

El hijo registra los bolsillos y rompe de nuevo á llorar. No le tengo; exclama, me le han quitado.

—No, hijo mio, no; no te le han quitado; yo le tengo; pero ¿de qué es esta sangre?, pregunta la madre, enseñándole el pañuelo.

Angelito llora á más llorar, escapándosele entre sollozos estas palabras:—El toro, el toro me ha seguido por la escalera.

—¿Qué dices, hijo, qué dices? Aquí no hay toro; no te apures, estás con tu madre, mírame; y le besa una, dos y tres veces.

—Sí, aquel toro, aquel toro.

—Por Dios, Angelito, deja el toro y escúchame.

—El toro, el toro, mamá, repite el niño, y llora.

—¿Qué es esto? Dios mio, Angelito, tú no estás bueno, dice desconsolada la madre. ¿No quieres hacer caso á tu madre?

VI.

—Verás cómo atiende á su compañerito, dice el padre entrando en la alcoba con un niño de la edad de Angelito.

La madre, al ver al compañero de su hijo, le pregunta; ¿Por qué han castigado á mi hijo?

—Nadie ha castigado á Angelito, responde el interrogado, que tiene un libro en la mano. Angelito, al verle, se lanza sobre él y dice: el mio; le arrebató de las manos á su amigo, y pasa y repasa las hojas buscando algo.—No está aquí, exclama; tú me lo has quitado, dice á su compañero. El padre levanta del suelo un papel que se ha caído con la precipitación con que su hijo ha recorrido las hojas del libro, y le alarga diciendo:—¿Es este?

—Sí, prorrumpe Angelito, este es, este, el mismo.

—Y, ¿qué es ello? pregunta la madre.

El amigo de Angel explica que en premio de haber sabido bien la lección, el maestro dió una estampa á Angelito y otra á él, que Angelito quería cambiarla y él se resistió; pero que en vista de que se había caído por las escaleras y sangrado por las narices por querer arrebatársela, venía á traerle el libro que había dejado perder y con él las dos estampas: el toro, que era suyo, y el torero, que era de Angelito, y con esto añadió:—No le faltaba más que un picador, que le daré mañana cuando vayamos al colegio.

VII.

El colegial es ya mozo, hace de las suyas en el Instituto y le castigan, como es natural; pero para la madre no son faltas las faltas de su hijo, y culpa á los que de veras quieren á

su hijo y se afanan por hacerle hombre de provecho.

VIII.

Del Instituto ha pasado Angel á la Universidad, y la madre empieza á experimentar los efectos de las travesuras de su hijo, tanto más sensibles cuanto más entrado en años está el que las origina.

Por fin ha terminado la carrera y viene á casa. Renunciamos á describir la alegría de este verdadero goce de familia, por carecer de colores bastante vivos nuestra pluma.

El padre le lleva consigo, la madre va orgullosa con el hijo al paseo, á la tertulia y al teatro; pero Angel gusta más de la compañía de sus amigos, de ir al café y al casino. Ha oído decir que al título debe acompañar la mujer, y se dispone á dar á sus padres una noticia grave.

Todo el aprecio del padre, todo el amor de la madre no son suficientes para llenar el corazón del hijo que, si bien quiere á sus padres, ha encontrado una mujer por la cual va á dejar á su padre y á su madre, siguiendo aquella ley de la naturaleza que Eguilaz expresó en la siguiente redondilla:

«Has de querer, porque así
lo manda un principio fijo
más que á tu padre á tu hijo
y este al suyo más que á tí.»

J. Goya

EPIGRAMAS.

Por tarde, noche y mañana
ser un Hércules procuras,
y muy ufano aseguras
que en fuerzas nadie te gana.

Con esos brios de atleta
¿á cuántos no vencerías?
¡Digo! ¡Y qué bien estarías
tirando de una carreta!...

«El chocolate de Llana,
decía uno de Bilbao,
tiene azúcar de la Habana,
habas, bellota, avellana,
lentejas y.. ¡hasta cacao!

Hace dias un periódico
ha publicado este anuncio:
*Se venden varios enseres
de una señora en buen uso.*

Liborio C. Porset.

LA MURMURACION.

La murmuracion del mundo
debe importarte alma mia
lo que te importa el gusano
que sucia baba destila.

La murmuracion del mundo
se compone, bella niña,
de una mitad de despecho
y de otra mitad de envidia.

DOS ABISMOS.

Hay un abismo insondable
detrás de ese puro cielo
que á nuestra vista se ofrece
límpido, azul y sereno.

Y tras la boca negruzca
que naturaleza ha abierto
en la cúspide del monte,
existe otro abismo inmenso.

Tambien hay entre los séres
un abismo en cada pecho;
¡feliz del que azul lo tenga!
¡desgraciado del que negro!

COMPARACION.

¿Ves la estrella refulgente
que brilla fosforescente
junto á la eterna mansion?
Pues ella pinta fielmente
vuestra primera ilusion.

Cuando denoche la vemos
en el espacio brillar,
suele la mente soñar
con un mundo en que creemos
eterna ventura hallar.

Mas ¡oh dolor! cuando crece
á nuestros ojos su luz,
de súbito se extremece
y tras el negro capuz
del éter se desvanece!

Tomás Camacho.

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Berito. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

El Auxiliador.—Aparato para facilitar la primera enseñanza por D. Celestino Moreno y Noguera, Capitan teniente de infantería.—Precio: 150 pesetas.

Se vende á plazos á los señores profesores de Instrucción primaria.

Para más detalles dirigirse al autor, calle de Peayo, número 24, entresuelo, Valencia.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Pícatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volumen=5 pesetas.—Dector Fourquet,—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4—Madrid.

Libro Nuevo.—Borriones ejemplares por D. Manuel Polo y Peyrolón. Con licencia del Ordinario se acaba de publicar esta miscelánea de artículos amenos, moralizadores, y variados, formando un volumen de 400 páginas en 8.º francés, elegantemente impreso, con viñetas y tipos elzeverianos y cubierta y antecubierta á dos tintas, sobre papel satinado. Al precio de diez reales se vende en las librerías de Tejado, Arenal, 20; Aguado, Pontejos, 8; y Olamendi, Paz 6.

Manual del impuesto de consumos, por la Redacción de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales.*

Acaba de ponerse á la venta la séptima edición de esta útilísima obra, arreglada á la novísima legislación de ramo ó sea á la ley de 31 de Diciembre de 1881, á la instrucción y tarifas de la misma fecha y á las demás disposiciones ulteriores, con estensas esplicaciones prácticas para facilitar la administración del impuesto, adopción de medios para cubrir los encabezamientos, repartos, reclamaciones, etc.; una completa colección de todos los formularios convenientes para la administración, gestión y cobranza del mismo; y la nueva legislación, anotada y concordada para su mejor aplicación ó inteligencia.

Un volumen de cerca de 300 páginas, en 8.º francés.

Precios: 8 rs. en rústica y 11 en holandesa.

Los pedidos al Administrador de *El Consultor* Plaza de la Villa, 4, Madrid.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias,

3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis. —Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sánchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véase á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Revista popular de Conocimientos Útiles.—Precios de suscripción: Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses 12.—Regalos.—Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que haya publicados en la *Biblioteca*, 2 al de 6 meses y 1 al de trimestre.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín=Corro 4=Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Ceireiro=San Esteban=5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas más conveniente á las familias y más económico.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

Distracciones poéticas, de D. Miguel Ruiz y Torrent.—Precio una peseta cincuenta céntimos.—Para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA 1,25 céntimos.

Don Quijote de la Mancha.—Un solo volumen de 372 páginas.—5 reales para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

Elixir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel:—Imp. de la **Beneficencia**.